

legítima del Estado. Por otra parte, el artículo 27 garantizaba el respeto a la libertad de conciencia y al derecho de practicar cualquier religión.

En torno a estos dos artículos —el primero, «punto neurálgico de la Constitución», según Pérez Serrano— se radicalizaron las posturas opuestas, representadas por el Cardenal Segura y el partido radical-socialista, símbolos de la intransigencia de algunos sectores de la Iglesia y del revanchismo laicista, respectivamente.

La imposibilidad de un acuerdo entre ambos grupos fue, en parte, la causa del fracaso de la Constitución de 1931 que, según el dictamen crítico de Manuel Ramírez, «no supo acertar plenamente a la hora de regular la cuestión religiosa (...), quizás faltaron habilidad y prudencia y modernidad a la hora de plantear un tema que otros países tenían ya resuelto hacía mucho tiempo».

En el siguiente artículo, Ramírez estudia las medidas reformadoras que tomó el Gobierno de Azaña, con el fin de estructurar un Ejército republicano «nacional y no político, de mentalidad avanzada y dispuesto a cumplir su estricta obligación».

Otras cuestiones que trata en sendos artículos son: las reformas tributarias, la escisión del partido radical-socialista y la formación de la Unión Republicana y su papel en las elecciones de 1936 ■ **BEL CARRASCO.**

DISCURSOS Y PERIODICOS DEL SIGLO CONSTITUCIONAL

Un tribuno y orador como don Salustiano Olózaga dijo —y dijo bien— que «no puede haber oradores donde no se respeten los derechos ciudadanos». La democracia es el caldo de cultivo de la oratoria y si a más democracia no corresponde necesariamente más oratoria, está claro que la ausencia de democracia hace desaparecer la oratoria libre.



Nuestro siglo de la oratoria es el siglo XIX, siglo constitucional por antonomasia... ¿Dónde se desarrolla mejor la oratoria que en una etapa constituyente (siempre, claro está, que no sea la actual donde el llamado orador se amarra al folio y no hay quien lo desligue)? En el siglo XIX tenemos una Constitución en 1812, un trienio constitucional entre 1820 y 1823 («los tres mal llamados años»), un Estatuto Real en 1834, otra Constitución en 1837, otra en 1845, un proyecto constitucional en 1852... y etcétera, etcétera.

Es también un siglo fecundo para el periodismo, por lo menos para el número de periódicos. Los hubo de todas clases y títulos. Uno se llamó **La Gorda**. Otro, **El Fandango**. Y hasta hubo uno llamado **El Coco**, que por cierto no era precisamente un boletín de los importadores del tropical fruto.

María Cruz Seoane ofrece ahora en libro el fruto no tropical de sus trabajos sobre la materia. La materia, aquí, es el periodismo y la oratoria. Es un estudio importante y desde ahora imprescindible para estudiosos, curiosos y viciosos de nuestro siglo XIX. Es decir, de nuestra historia contemporánea. El libro lo publican la Fundación March y la Editorial Castalia. Tiene 454 páginas y éste es su título: **Oratoria y periodismo en la España del siglo XIX**. La autora lleva ya tiempo trabajando en campos semejantes al de este estudio. Su tesis doctoral versó sobre **Vocabulario ideológico y político en la época de las Cortes de Cádiz**. Y de él dijo el profesor Rafael Lapesa que inauguraba «en la lingüística española un tipo de investigación». Y lo

decía porque Seoane había tomado un trozo de la vida española, de su lenguaje, y se puso a estudiarlo a fondo, sin elucubraciones.

El trabajo de ahora, de mayor amplitud (todo el siglo XIX y no sólo las Cortes de Cádiz), es clave para el estudio de nuestra historia. Como señala la autora «oratoria y periodismo son los géneros más característicos, más representativos del siglo XIX». Estudiarlos es imprescindible para conocer el siglo. Y eso ha hecho Seoane. La nómina de periódicos aquí manejada llega a la asombrosa cifra de trescientos ochenta y seis. Por algo en la época de las Cortes gaditanas se habló de «diarrea de las imprentas» y es que sólo en la ciudad andaluza se publicaron más de medio centenar de periódicos.

La metodología seguida por la autora para su estudio es bastante sensata. A saber: se empieza por el principio y se termina por el final y en medio se cuenta todo. Es decir, que el lector no se ve sometido a esos saltos cronológicos de una época a otra y al final no se enterará si un señor es liberal o reaccionario (entre otras cosas porque fue las dos cosas; pero no, naturalmente, a la vez, que esas habilidades no se conocieron hasta hoy). No hay, pues, tenis cronológico y no hemos de girar la cabeza de un lado a otro siguiendo la pelota del antiestilo.

El estilo de Seoane es muy claro y a veces tiene hasta su punta de ironía. Nunca carga en la suerte de la pedertería, cosa que es de agradecer; cuenta, mas no sermonea. Es, por tanto, de muy fácil y agradable lectura. Y yo recomendaría ésta en primer lugar a los constituidores de nuestra etapa constituyente, porque siempre algo se aprende en cabeza ajena. Aunque el mundo aquí descrito, que es muy ancho, no nos es desde luego ajeno ■ **VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.**

OTROS LIBROS RECIBIDOS

LORENZO DIAZ, JESUS G. REQUENA, ALBERTO F. TORRES: **BIBLIOGRAFIA SOBRE MARXISMO Y REVOLUCION**. Dédalo Ediciones. Primera edición. 700 págs. 1978.